

Don Quijote y el basilisco

Guzmán Urrero Peña

Crítico y periodista (España)

Una de las más gratas sensaciones que experimenta el amante de la materia pastoril es la de encontrarse en la primera parte del *Quijote* con la historia de Grisóstomo y Marcela. El gozo aumenta en el capítulo XIV, *donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos*. Tras leer la canción de Grisóstomo, asistimos a la aparición de la pastora Marcela. Es acá donde el pasaje adquiere tintes dramáticos por boca de otro personaje, Ambrosio, quien, con muestras de ánimo indignado, le dice a Marcela: «¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero basilisco destas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida?». El lector ya intuye algo que la crítica explica, y es que la alusión metafórica al basilisco tiene un doble fundamento: dicha bestia era capaz de matar con su sola mirada y la sangre podía brotar de las heridas de un muerto si a él se acercaba su matador. El recurso literario, eficaz a más no poder, fue usado por Cervantes y por otros literatos de fuste, como Shakespeare o Chaucer. Pero conviene saber que el basilisco no era tenido por un ser mitológico. Más bien al contrario: en tiempos del *Quijote*, esa criatura formaba parte de la familia zoológica reconocida por los sabios.

Las primeras noticias en torno a la citada alimaña proceden de la *Historia natural* de Plinio, en cuyo octavo libro se describe la mortífera mirada del Catoblepas, y se equipara el poder destructivo de ese monstruo con el de un ofidio formidable al que el historiador llama *basilisco*. Gracias a esta descripción, podemos imaginarlo como una descomunal serpiente, una cobra digna de odio y temor, soberbiamente tocada con una corona. En adelante, su ferocidad legendaria fue pregonada por autores como Lucano. Muchos llegaron a creer que el propio Alejandro Magno dio muerte a un basilisco, armado con su espada y protegiéndose con un bruñido escudo, que, por cierto, espejeaba como aquel otro que usó Perseo contra la Medusa.

A lo largo del Medioevo, el barroquismo simbólico dio por buena otra descripción del basilisco. Así, los bestiarios recogen la imagen de una robusta serpiente con garras de águila, alas de reptil y cabeza de gallo. En algunos frontispicios figura bajo los pies del arcángel San Miguel, cual si la bestia fuera un aliado del Maligno. Por esa época, se extendió asimismo la creencia de que era posible cazarlo con ayuda de hurones o armiños. La constatación de su poderío fue aún más notable entre los alquimistas, avariciosos de ese *polvo de basilisco* que enriquecía pócmas y emulsiones. Los grabados de la época preservan su espantoso gesto de víbora. Ésta es la clave que manejaron, por citar dos casos, Edward Topsell en su *Historiae of Four-Footed Beasts* (1607) y Georg Wedel en sus *Ephemerides* (1672).

Pero la creencia en la vida real del basilisco se debe a otro gremio: el de los falsarios. Los mismos que vendían huevos y ejemplares disecados a los coleccionistas de maravillas. Taxidermistas con oficio, hábiles a la hora de deformar el cuerpo de un pez, la manta raya, que admitía el sesgo monstruoso. A la vista de estos basiliscos disecados, no sorprende que certificaran su autenticidad Ulises Aldrovandi en la *Historiae Serpentum et Draconum Libri Duo* (1640) y Athanasius Kircher en su *Mundus Subterraneus* (1664).

Paradojas de la lectura: mientras que los admiradores actuales del *Quijote* ignoran al basilisco o lo degradan por su estatus legendario, los contemporáneos de Cervantes engastaban aquella venenosa presencia en los textos de historia natural. Sobre insistir en ello: el capricho y la irrealdad, como virtudes quijotescas, hallan en este punto un nuevo cauce de reflexión.

Reproducido con autorización del *Rinconete*,
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/>).